

EXEGESIS

por

ENRIQUE PALAVECINO

COMO síntesis de la cultura llamada chaco-santiagueña poco puede decirse ahora que no haya sido dicho y repetido antes.

Serrano, en el libro que ha dedicado al problema, ha dejado definitivamente sentada la correlación entre la cultura de los aborígenes históricos y la de los yacimientos arqueológicos; Canals Frau y yo nos hemos referido también a los aborígenes históricos desde distintos ángulos; Imbelloni nos ha demostrado que los restos de los aborígenes descubiertos por los hermanos Wagner pertenecen a individuos de la raza andina; Aparicio nos ha dado una síntesis de la arqueología de Santiago, en tanto que Doello Jurado, Frenguelli y Bordas han examinado la cuestión desde el punto de vista geológico, geográfico y faunístico. Entre todos estos especialistas es unánime el acuerdo en atribuir los rasgos fundamentales de la civilización chacosantiagueña a las culturas andinas, así como en reducir considerablemente la antigüedad atribuida a esa civilización por sus descubridores.

Como contribución personal a esta sesión de síntesis, me creo en el deber de destacar la ligereza en que han incurrido los hermanos Wagner al tratar el aspecto religioso de sus elucubraciones. Uno de los errores más insistentemente sostenidos es el de atribuir la decoración de las urnas de Santiago a la representación de una divinidad trinitaria, que ellos llaman "ornito-antropomórfica-ofidiana".

Dicen ellos al respecto: "No se ha tratado, en efecto, de un *fetichismo* más o menos rudimentario, ni de un *politeísmo confuso donde mil distintos dioses* tuvieron sus altares, sino de una religión con todas las apariencias

de un verdadero *monoteísmo*, que bajo la égida de un poder probablemente teocrático, había, para emplear la expresión de Renán, “tomado la forma obligada de toda religión que es el simbolismo”. Luego agregan: “mientras más se acercan las creencias de una comunidad humana al monoteísmo, mayor es su tendencia a depurarse y ennoblecerse”.

He aquí un error que debe destacarse. Se deduce de los párrafos precedentes que el monoteísmo es el producto de un proceso de depuración. En realidad, la etnología moderna ha demostrado que el monoteísmo puro como creencia en un dios creador se encuentra en las culturas primordiales de los negros australianos, pigmeos del Africa, Onas de Tierra del Fuego, y otros; las divinidades múltiples aparecen en etapas superiores de la cultura.

Siguen luego párrafos en los que se destaca la persistencia y difusión de la representación emblemática de la divinidad ornito-antropomórfica-ofídica, y a raíz de estos hechos sostienen: “La imagen de un poder teocrático fuertemente centralizado y conservador en exceso, se presenta de modo irresistible al espíritu. En todas las numerosas manifestaciones artísticas de estos pueblos profundamente imbuídos de religiosidad, está impreso el sello indeleble de un simbolismo extraordinariamente homogéneo y coordinado; en realidad, nosotros no conocemos otra que la supere en materia de coherencia y continuidad. Un arte místico no es un arte utilitario; no puede ser examinado, ni descripto, ni juzgado de la misma manera que una fábrica o un ferrocarril. Existe entre ambas fórmulas la misma distancia que separa el espíritu de la materia y la realidad del ensueño; no admitirlo sería lanzarse en persecución de la verdad con una venda en los ojos y trabas en los pies. Establecido esto, a fin de procurar llegar a comprender el génesis de esta trinidad proteiforme y la importancia del papel que ella debió desempeñar en la vida espiritual de los hombres que han consagrado tanto tiempo y trabajo a perpetuar sus rasgos”.

Se ve, a través de lo transcrito, un malogrado esfuerzo para justificar la interpretación del decorado de las urnas como representaciones de la divinidad ornito-antropomórfica-ofídica. Un evolucionismo ingenuo en materia de ordenación de categorías religiosas, peticiones de principio, y un llamado a “los ojos del espíritu” son los recursos que se alían para

esa justificación. Pero todo ello queda en nada con hacer solamente esta reflexión: siendo extremadamente dificultoso, aun en los pueblos vivientes capaces de dar testimonio de sus creencias, fijar el carácter de sus dioses y de sus espíritus, cómo es posible averiguarlo con sólo el examen y análisis de la decoración de alfarerías, cuyos dibujos no sabemos si asumen un verdadero carácter religioso y si, en tal caso, conciernen a dioses propiamente dichos o a espíritus relacionados con el ciclo de creencias relativas a la muerte?

Además, ¿en qué medida podemos penetrar en el génesis de una “divinidad proteiforme” mediante imágenes seriadas? La búsqueda de imágenes análogas en territorios alejados, tampoco sería muy útil, porque las fórmulas artísticas, místicas o no, suelen propagarse sin llevar consigo el simbolismo originario si lo hubo.

Una prueba concreta de la superficialidad con que se ha procedido en su estudio es el hecho de haber atribuido a la “divinidad ornito-antropomórfica-ofidiana” a ciertas figuras humanas de cuerpo subcilíndrico con la cabeza y cara esquemáticamente modeladas. Semejante interpretación cae por tierra en presencia de análogas figuras que los niños indios del Pilcomayo hacen hoy para su recreo, y que incluyen algunos de los “símbolos” más conspicuos del sistema religioso teocrático que los hermanos Wagner han supuesto para los alfareros de “Llajta Mauca”.